

Montevideo, febrero 19 de 1949.

Sra. Doña Josefina Lerena Acevedo de Blixen.

Presente.

Muy estimada amiga:

Reciba Ud. la gratitud de mi esposa y la mía propia por el envío de sus libros. No es el simple reconocimiento al gesto amable que pone, en nuestras manos, un testimonio de buen respeto, gentilmente dedicado. Va algo más, en estas líneas. No sé si ellas lograrán expresarlo; pero llevan un mensaje lleno de deslumbramiento, que no quisiera poder transmitir, como un alerta, a todos mis compatriotas, para que ellos volvieran los ojos hacia la escritora uruguaya que acaba de darnos, en vigoroso "Contraluz", un centenar de páginas que D'Amicis no hubiera podido hacer más hondas y jugosas de infantil delicadeza, ni Azorín más diáfanas, con ese su estilo de traslúcido lenguaje, superado por Ud. digámoslo valientemente a fuerza de la llana y leal emoción, traslucida por un léxico sano, bello por puro, eterno por estricto.

Bienaventurada la hora de inspiración que llevó su pluma hacia esas memorias pueriles. A ella le debemos el haber conocido relatos tan afinados como "Verónica" y evocaciones tan conmovedoras como "Resignación". Y, sobre todo, le somos deudores de algo más: de haber reanimado una vida finisecular que nutrió lo mejor de nuestra raza. Etapa de la dignidad y del heroísmo; de los hogares realmente patriarcales, de anchos patios abiertos, que les ponían entrañas de luz, o circundados de primorosos jardines, donde parecía detenerse el tiempo a escuchar la plática de los enamorados o el sesudo conciliábulo de los severos varones, que hacían la Patria con un discurso o una estocada.

Época que ignoró el mecanizado “confort” doméstico actual y la holgada tranquilidad de una política sin sangre, tuvo – en cambio – un claro sentido de todas las responsabilidades, que alcanzó a los niños, sujetos al duro juego de episodios bélicos, de los cuales la vida y la hacienda rodaban, como dados para servir los contrapuestos ensueños de superación nacional, cuya intransigencia era la medida de su sinceridad.

Es el eco de aquella honradez sin petulancia, de aquella caballerosidad natural y activa; de aquella existencia gobernada por el espíritu, ávida de gloria legítima más que de engañosas comunidades; de aquel respetuoso acatamiento a la jerarquía paternal, reflejado en la altanera coherencia del linaje; de las virtudes esenciales de la raza, hoy descoloridas y enturbiadas; de allí fluye, la gracia de su libro que va – recto y seguro – a ocupar un puesto de honor en nuestra literatura, confundida de vanidad sin rumbo, olvidada de los grandes temas, desatenta a las raíces de nuestra evolución.

Por eso, mientras pagamos tributo, en todos los órdenes, a las deformaciones que acelera el devenir contemporáneo, sus pequeñas crónicas son consuelo y refugio.

“Varela, el Reformador” no contradice esos relatos. Al contrario; les pone apropiado fondo de historia. Unos hechos explican y justifican los otros. Las anécdotas de dos niños, revelan el clima que respiraban los mayores. Es como si el fulgor del tremendo duelo verbal entre el pedagogo y Carlos María Ramírez iluminase toda la escena. Años ilustres aquellos en que un debate sobre la enseñanza pública podía popularizar todos los desvelos de la opinión. Índice de cultura; signo de esperanza en la frente de un pueblo, en la

preocupación por un tema que, ahora, queda relegado a meras tramitaciones administrativas.

Cuando nadie se bate por un ideal abstracto; cuando todas las polémicas inciden en lo económico financiero, bien está que una mujer como Ud., de su talento y de su origen, mueva las cajas de imprenta con una fecunda inquietud retrospectiva.

Gracias por hacerlo; y por distraer mi jornada con tan ennoblecidas lecturas.

Con los afectuosos saludos de mi esposa y los propios, le repito su cordial amigo.

Juan Carlos Gómez Folle.